

Una página desconocida de los últimos meses de la vida de Hegel¹

«¿Qué hay?» –dijo el profesor Hegel, levantando la cabeza de su gran escritorio y de los papeles en los que se encontraba sumergido, dirigiéndose a la criada que estaba entrando después de él haber oído tocar la puerta de su casa.

«Un señor forastero que desea saber si puede recibirlo y hablar con usted. Escribió su nombre aquí...».

El profesor Hegel leyó: «Francesco Sanseverino de Nápoles», y recordó de inmediato al joven napolitano que había venido a visitarlo en Berlín, hacía cerca de siete años, en la primavera de 1824, con una carta de presentación de un general y diplomático Austríaco que se encontraba en Italia. Aquel joven había conocido la Alemania de 1812-13, como oficial en uno de los regimientos napolitanos que participaron en la expedición napoleónica en Rusia, y luego en los enfrentamientos bélicos ocurridos en territorio Alemán. Inteligente y estudioso como era, se había percatado de la calidad, el vigor y la originalidad de la vida intelectual de ese país, de la que había quedado prendado. De regreso a Nápoles, continuó procurándose libros alemanes, y siguió leyéndolos, alimentando el deseo de volver a visitar Alemania para familiarizarse mejor con su nueva cultura y su nueva filosofía. Y, cuando en 1819 logró regresar por segunda vez a Berlín, le tocó asistir al ascenso del astro hegeliano; oyó el eco de la solemne proclama del año anterior, en ocasión de la inauguración que hiciera Hegel de sus *Lecciones Universitarias*, en la que el pueblo alemán había sido designado como el «elegido de Dios», y observó cómo, en Hegel, el ímpetu hacia la grandeza y el predominio filosófico se unía con la confianza impetuosa en la nueva pujanza del Estado prusiano, después de la guerra de liberación. Y, en 1824, cuando emprendió su nuevo viaje, ya había concluido sus cuidadosas lecturas y había meditado tenazmente acerca de los libros

¹ Benedetto Croce, *Indagini su Hegel e Schiarimenti*, Bari, Laterza, 1973 (1^{era} Ed. 1948), en Apéndice. Traducción de José Rafael Herrera, con la valiosa revisión llevada a cabo por Giulio E. Pagallo.

publicados por Hegel, la *Fenomenología*, la gran *Lógica*, la pequeña *Enciclopedia* y, finalmente, la *Filosofía del Derecho*. También se había procurado algunas de las disertaciones publicadas en diversas revistas; pero se encontraba todavía en el período de aprendizaje y de la asimilación de lo aprendido, con más deseos de escuchar todavía que de hablar. Le hizo a Hegel una visita de cortesía, en la cual le manifestó el amor y el esfuerzo que le dedicaba a su obra y la esperanza de encontrarse gracias a ella consigo mismo. Al maestro le gustó la escueta sinceridad de sus palabras, e incluso algún trazo de aquella ironía napolitana que, dirigiéndose a uno mismo, lo observa como si fuera un espectáculo, con una comprensión que no excluye la sonrisa. Escuchó Sanseverino las *Lecciones* de Hegel en la Universidad y conoció y conversó con algunos de los mayores de sus discípulos de entonces: Marheineke, Gans, Henning, Otto y Michelet: la cohorte fiel al maestro. Pero tampoco con ellos se empeñó en discutir. A Hegel le manifestó su propósito de volver a visitarlo dentro de unos años, y en ello fue afablemente alentado. De nuevo, en Nápoles, retomó las indagaciones y meditaciones, y pudo leer la *Enciclopedia*, muy ampliada y enriquecida, editada en 1827, y se resignó a no conocer los cursos de las *Lecciones* que, más tarde, los discípulos debían publicar, muy útiles, sin duda, por los desarrollos que presentaban, especialmente los de *Historia de la filosofía* y de *Estética*, de los cuales, por otra parte, en los libros de Hegel se hallaban *in nuce* los principios y la configuración esencial. Volvió, finalmente, al terminar el verano de 1831, y se enteró de que el maestro, recién había regresado del campo, donde había ido llevado a su familia para alejarse de la fuerte epidemia de cólera que había sacudido también a Alemania.

Acogido con cortesía por Hegel -hombre de buena sociedad y ajeno a la rudeza de la que los alemanes a veces se jactaban-, luego de haberle informado acerca del trabajo que había llevado a cabo mientras tanto (Evitó sin embargo mencionarle que había participado en la revolución constitucional napolitana de 1820-21, sabiendo cómo Hegel pensaba en política y cómo juzgaba aquellas revoluciones o convulsiones como parte de la «inferioridad de los pueblos latinos»), pasó al motivo de su visita y al tema de su discurso, en el momento en que el maestro le preguntaba por sus progresos y por las conclusiones a las que había llegado en sus estudios.

Sanseverino le pidió permiso para manifestarle, en primer lugar y con más detalle, las razones por las cuales él amaba en sumo grado su filosofía, a saber: por la postura misma de su filosofía, la cual, en primer lugar, le parecía surgir de necesidades mentales mucho más ricas y mucho más modernas que incluso las del revolucionario Kant.

«Kant – le dijo- estaba orientado hacia las ciencias físico-matemáticas, como el verdadero y propio campo del conocimiento humano, de las cuales había sido también directo cultor. Pero descuidó, y casi ignoró, la historia de la humanidad y hasta tuvo cogniciones inconstantes y lagunosas de la propia historia del filosofar. Fue poco sensible a la poesía: sus poetas fueron Horacio y Pope; de las otras artes no tuvo experiencia, sino quizá de la música, a la cual juzgó como «arte indiscreta», porque se hacía oír incluso cuando no había deseos de escucharla. Por un milagro de agudeza crítica, recogiendo las observaciones de los nuevos teóricos del gusto, llegó a fijar, de un modo negativo pero profundo, algunos caracteres de la belleza; pero no la identificó con el arte, y al arte lo concibió como un juego combinado del intelecto y de la imaginación, que, a fin de cuentas, resultaba ser un concepto no demasiado lejano del tradicional, esto es, el de un velo imaginativo que recubre a una enseñanza. La falta de sentido histórico hizo débiles sus teorías políticas; la falta de sentido poético, sus concepciones religiosas; su propia ética era austera, pero también abstracta y poco humana. Fue un revolucionario que retuvo, casi por completo, la cultura del siglo XVIII: un romántico en la síntesis a priori, en la concepción de lo bello, en los postulados de la práctica, con una educación intelectualista, típica de un clasicista. – Pero vuestra filosofía –concluyó el interlocutor napolitano- es algo muy diferente: orientada no hacía la física y la matemática, sino hacía la poesía, de la que es el complemento, hacia la religión, de la que es la clarificación, y hacia la historia, de la que es su concreción y actualidad. En virtud de tales intereses, ella responde más que ninguna otra a la naturaleza de la filosofía y a la exigencia moral de la edad moderna.

Además –agregó-, hay otra cosa que aprecio en el perfil de su filosofía. Siento en él, a pesar de su severidad y de su aridez didascálica, al hombre que ha probado las pasiones, al hombre que ha amado y ha vivido ¿acaso habría podido Kant escribir las pocas palabras que en la *Filosofía del derecho* que definen y dignifican el estado conyugal, en el cual el instinto natural pierde su

importancia y, por encima de él, se forma el vínculo espiritual y substancial, indisoluble, superior a la accidentalidad de las pasiones y de la libido? No repetiré cómo el soltero Kant definía el matrimonio, que para él era un contrato. Tampoco Kant nunca se habría quedado encantado, como hace usted, admirando la Magdalena penitente representada por los pintores italianos, al punto de sentir indulgencia e interpretar gentilmente sus sentimientos y su vida, porque (y se diría que en este punto usted también queda vencido por las seducciones de la pecadora) aquella belleza, llena de sentimiento, no podía no haber amado noble y profundamente, y el exceso del dolor y de la penitencia eran, si acaso, su error, su bello y conmovedor error. ¡Y, en la angustia de ella, cuánto desdén y cuánto desaire, por los ascetas de la propia perfección moral, por los escrupulosos atormentadores de sí mismos! ¿Qué le importa al mundo –les sigue diciendo– vuestra extenuada y calculada perfección, en cuyo afán penetra algo de egoísmo y vanidad?; ¿Qué le importa al mundo, que quiere y espera obras fecundas? Habéis pecado: muy bien, no lo penséis demasiado y redimíos trabajando. Me complace encontrar bajo el filósofo al hombre a quien a veces pierde la paciencia y que, a propósito de Newton, interpretado como el símbolo de la concepción mecánica de la realidad, no resiste la tentación de burlarse, al recordar que su descubrimiento fue ocasionado en él por la caída de una manzana sobre su cabeza; observando que la manzana siempre ha sido de mal augurio para el género humano, habiendo causado con el pecado de Eva la expulsión del hombre del paraíso terrestre, y, después, con el juicio a Paris, la guerra de Troya, y, ahora, la física Newtoniana. Y que, mofándose, le hace ver a su, por lo demás, muy digno colega Schleiermacher, quien reducía la religión al «sentimiento de dependencia», que si fuera así «habría que decir que el perro es el mejor de los cristianos».

Hegel sonrió al escuchar las citas de sus frases satíricas, particularmente aquellas que le despertaban el recuerdo de episodios de su vida, de sus amores y del hijo natural que había traído al mundo, hasta los pequeños celos que despertaba de vez en cuando en su aun joven mujer, amada y venerada por él, por su frecuente galantear a las bellas cantantes.

«Una vez declarada mi simpatía por su filosofar, si me permite decirlo de este modo, por el perfil de su filosofía, me toca determinar cuáles, creo yo, son las grandes verdades que usted ha introducido en la filosofía, las cuales,

por más desconocidas, negadas o vilipendiadas que puedan ser (y, en sus adversarios actuales ya se pueden observar los signos de estas rebeliones y reacciones), nadie podrá jamás erradicar y, al contrario, volverán siempre a brotar desde sus raíces. Sin embargo, incluso en pos de esto, necesito que usted me permita algo más: no puedo decir estas verdades como las dice usted, con las palabras que utiliza y con el orden, los presupuestos, las consecuencias y referencias que presentan. Si tuviese que hacerlo, más me convendría callar. Yo puedo, más bien, debo leer la poesía de un poeta, transmutándome y sumergiéndome en sus palabras, en sus sonidos y en sus ritmos, uniendo así mi alma a la de él, colaborando con él únicamente en todo lo que lo hace poeta. Pero una sentencia filosófica debe ser acogida por el pensamiento, es decir, un pensamiento por otro pensamiento, y éste la acoge abrazándola y la envuelve de sí mismo, y tan sólo de esta forma, elaborándola críticamente, la comprende».

«En realidad -observó Hegel-, me he vuelto un tanto impaciente por los excesos cometidos por los numerosos repetidores de mis fórmulas. Hace tiempo se me acercó un húngaro que, para darme pruebas de su conocimiento de mi filosofía, memorizaba páginas y páginas de mis libros y me las recitaba; y yo, para quitármelo de encima, tuve que decirle que todo aquello era heroico y que suscitaba mi admiración, pero que testimoniaba poco ingenio especulativo. Incluso el muy amable señor Cousin no me trae mucho consuelo, porque si bien se interesa mucho en mi filosofía, renuncia preventivamente a comprenderla, al considerarla como algo muy superior a él o muy lejana de él. «Ah ! *Que c'est difficile tout ça !*», exclama, apretándose desesperadamente la cabeza entre las manos, cuando alguno de mis discípulos le brinda las explicaciones que ha pedido. Y esperaba impacientemente, como me expresaba en una de sus cartas, la nueva edición de la *Enciclopedia*, para «*en attraper quelque chose*», para «*ajuster à sa taille quelques lambeaux de mes grandes pensées*». Hasta mis discípulos me producen descontento con su excesiva fidelidad, que tiende a hacer estático lo que aun en mí siento dinámico, y temo las adhesiones en las que prevalece la fe en el maestro, y con ella, la unilateralidad y el fanatismo de la escuela. Yo también deseo, y hasta lo he esperado inútilmente, ver mi pensamiento que regresa ante mí, por medio de otra mente que lo entienda y lo comprenda; es decir, como dice usted, que entienda críticamente y traduzca en otras palabras.

Por eso, estoy dispuesto a escuchar, con mucho interés, cuáles son, mis verdades, formuladas por usted, a su manera.»

«Antes que nada, haber terminado con la absurda teoría de los conceptos filosóficos, separados de los hechos, que se piensan por sí fuera de los hechos; y con aquella no menos absurda teoría de los hechos que se pueden afirmar por sí mismos, sin conceptos. El concepto, que es el universal concreto o la Idea, como se le dice, es la unidad de lo universal y de lo individual, y por lo tanto, juicio en acto. De esta manera, el nuevo concepto del concepto filosófico nace de la síntesis a priori kantiana; pero usted ha tenido el mérito de extraerla de la particular referencia a la ciencia físico-matemática, en función de la cual Kant la había inicialmente construido, y reconocerla como la ley del conocimiento (y mejor aun, debería decirse: del espíritu) en todas sus formas; y en el juicio verdadero usted ha visto no una clasificación o proposición empírica puntual, sino un juicio de categorías, o sea, un valor. Ahora, puesto el concepto de lo universal concreto, desaparece la distinción de las «verdades de razón» y de las «verdades de hecho», por ser toda verdad al mismo tiempo verdad de razón y de hecho; y, —consecuencia también de incalculable importancia,— viene a menos no sólo la separación sino, incluso, la distinción entre historia y filosofía. Toda proposición histórica contiene una afirmación filosófica y toda proposición filosófica una afirmación histórica. La historia queda redimida de la poca consideración a la que por siglos había sido sometida como mero recuento de hechos, y la filosofía de la vacuidad e inutilidad con la cual ha sido y sigue siendo tachada. Sin embargo, a esta implícita identificación de enormes consecuencias para la vida mental, a este recuperarse de una escisión generalmente admitida y profesada, se acompaña una disociación — que es su segunda gran verdad, de no menor importancia,— de dos formas mentales, malamente estrechadas entre sí y recíprocamente modeladas la una sobre la otra, y de la cual siempre se ha intentado la unidad, esto es, de la filosofía y de la ciencia. Los conceptos de las ciencias —usted advierte— son producto del entendimiento, no de la razón, son arbitrarios y no necesarios, obedecen a necesidades no filosóficas sino prácticas. Con ello, la filosofía adquiere plena autonomía respecto de la ciencia y la ciencia respecto de la filosofía: el problema de la una no es el de la otra.

Su tercera gran verdad, es la resolución definitiva del dualismo de lo positivo y de lo negativo, del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas, de Ormuz y Ahriman, en virtud de la demostración de que lo negativo no está frente sino dentro de lo positivo, el mal no está frente al bien sino dentro del bien, la nada no está frente al ser sino en el ser, de modo que el verdadero ser es el devenir. El momento negativo no es una realidad por sí misma, sino que es la realidad misma captada en su devenir, en el esfuerzo del distanciamiento y la superación de una forma y de la conquista de otra, cuando la forma que debe ser superada y que resiste o busca sustraerse a la superación, se configura, por ello mismo, como negativa y como mal, error, fealdad, muerte. De esta dialéctica desciende el solemne aforismo: «todo lo real es racional y todo lo racional es real», o sea, el carácter sagrado o divino (porque querido por Dios) del pasado y de la historia, sobre la cual se construye y desde la cual se progresa, pero de la cual ninguna parte se puede negar o condenar sin que se niegue, se condene y se deshaga todo el tejido de la historia y de la realidad. Pero la verdad inobjetable de ese aforismo, a veces, parece vacilar en quien siente la presencia muy real y aterradora del mal contra el cual combate; y, por ello, hace falta añadir que la dualidad de lo racional y de lo real, revocada por el pensamiento histórico, es afirmada y continuamente restablecida y sostenida firmemente por la conciencia práctica y moral, de modo que mediante ella define los confines de sí misma (el *Sein* y el *Sollen*), que es no verdad teórica sino acción práctica y moral. Con lo cual todos los temerosos de una supuesta desaparición de la conciencia moral del mundo, de la adecuación del mal al bien, o de la sustitución del juicio y la acción moral por la brutalidad de los hechos, deberían quedarse tranquilos».

«En su interpretación -dijo Hegel- reconozco mi pensamiento; pero hay algunas cosas que no me he planteado y que, quizá, no me parece hubiera podido plantearme, como la identificación de la filosofía con la historiografía, y la naturaleza práctica de las ciencias naturales, y la diversa relación de lo racional con lo real en la realidad histórica y en la acción práctica y moral; y, sobre todo, en su interpretación hay mucho menos de lo que he reunido como esencial en mi sistema».

«Por eso mismo me he sentido obligado de adelantarle que su pensamiento, tal como iba a exponerle compendiándolo, era tan sólo aquel que yo podía exponer como verdadero o vuelto verdadero, en cuanto mediado por mi mente y, en consecuencia, aún con las conclusiones que usted no había sacado, y sin otras conclusiones y desarrollos sacados y realizados por usted, que yo no logro pensar como verdaderos. ¿Querrá también, esta vez, tolerar otra declaración mía, quitándole toda sombra de arrogancia, y tomándola en este sólo sentido: que también el genio, además de lo divino, retiene algo de lo humano, que hace resplandecer a lo divino? Cuando de los grandes y fecundos principios expuestos por usted, paso a la realización de ellos en su sistema, me parece que una fuerza maligna ha intervenido frecuentemente para desviar aquellos principios de sus lógicas consecuencias, y obligarle a aceptar lo que a ellos les resulta intrínsecamente extraño y contrario, y peor aún, a tratarlos con aquella dialéctica a la que no se prestan, y, peor que peor, a volver superficial y mecánica esa misma dialéctica al darle tal uso. Ahora bien, no sabría decirle cómo ha podido suceder esto, porque, si la verdad se justifica a sí misma y afirma sus razones, el error no puede narrar su génesis de no verdad, con la cual se confesaría a sí mismo como error y se desmentiría; y el crítico, o el autor vuelto crítico de su propio pensamiento, si bien puede determinar en qué consista un error, jamás podrá explicar con detalle cómo ha venido al mundo con él. Sobre este punto son posibles sólo conjeturas más o menos abstractas y psicológicas, a menos que no nos queramos contentar con una afirmación genérica, como es aquella según la cuál todo error nace al dejarse llevar por un impulso distinto al del puro pensamiento, un impulso de variada naturaleza, mas siempre en el fondo dirigido a lo útil. Por ejemplo, si dijera que el error ha nacido en usted por haberse dejado dominar por las tradicionales concepciones religiosas, o por las tradicionales doctrinas, clasificaciones y métodos escolásticos, más bien habría establecido una relación entre aquellos errores y aquellas concepciones y doctrinas; pero no habría explicado lo no explicable. ¿Porqué, cómo es que su pujante genio, que se ha rebelado frente a tantos convencimientos y prejuicios seculares, y los ha abatido, luego, en otros casos, ha sucumbido frente a los mismos, o sea, no habría llevado adelante la tarea genial de confutación? En realidad, a lo que no ha sucedido no se le puede asignar un porqué; y un error es, en último análisis, un concepto que no

se ha vuelto actual, es decir, que es supuesto, pero no pensado ni realizado».

«Ahora bien, dejando de lado la búsqueda de este porqué, que yo tampoco creo bien definible y del cual, quizá, el problema mismo sea insubsistente, dígame cuál es, en su opinión, la parte de mi sistema que le resulta inaceptable. Haga pues en mi contra una requisitoria puntual, y yo lo escucharé con agrado, porque me consolará profundamente no sólo frente las insípidas críticas que me dirigen en revistas y opúsculos, sino también ante las excesivas alabanzas y apoyos que me oprimen. Me doy cuenta de que usted no es un atrevido contradictor como tantos otros, que fastidian por la inutilidad y vanidad de sus refutaciones, sino un espíritu retraído, meditativo, para quien la refutación nace de la indagación y hace parte de ella».

«Aprovecho de su actitud bondadosa y de la licencia que me otorga de extender una suerte de requisitoria, como usted la llama que, por el ímpetu que le es propio, es una forma que favorece la nitidez de los enunciados críticos; algo de igual manera muy oportuno para mí y para usted, que no tiene tiempo que perder: por lo demás, el ímpetu, en este caso, es un medio literario y no una manifestación de escasa reverencia. Y para comenzar: ¿quién le ha dado el derecho (quisiera preguntarle, no sin estupor) de idear y componer una «Filosofía de la naturaleza», después de haber descubierto en el *Verstand*, en el intelecto abstracto —que procede mediante convenciones y divisiones arbitrarias de lo que es indivisible—, al constructor de la ciencia de la naturaleza y, con ello, haber alcanzado la necesaria, aunque no afirmada o no expresada, conclusión según la cuál la Naturaleza, en cuanto externa, no tiene otra realidad fuera de esta ciencia natural y que con ella coincide absolutamente, es decir, que ya no es lícito hablar de una naturaleza como forma o grado de la realidad, ni como «el otro en sí», contrapuesto al espíritu, porque el misterio de la naturaleza ha sido ya develado por usted, en virtud de un simple análisis lógico? Y sin embargo, a pesar de ello, a despecho de ello, usted ha continuado admitiendo la realidad de la naturaleza, y una super ciencia o filosofía de ella, la «Filosofía de la naturaleza», con la cual ha hecho revivir al anticuado aristotelismo y a las semimitológicas filosofías naturalistas del Renacimiento, contra las cuales y por las cuales Galileo había levantado la ciencia físico-matemática o experimental. Mientras que usted ha tomado de las manos de su joven amigo Schelling la anticuada Filosofía de la naturaleza, la ha reelaborado

y se ha apropiado de ella; y no ha tenido recelo del don que le llegaba de un ingenio ágil y vivaz, del cual, sin embargo, usted mismo tuvo que reconocer el escaso vigor y la inferioridad especulativa respecto de su pensamiento. Y hasta habría podido entenderse que esta Filosofía de la naturaleza se hubiese agregado a su sistema más allá y por encima de la ciencia de la naturaleza, sin relación alguna con ésta, como una alegoría o una fantasía que se puede aceptar o rechazar. Pero usted la ha puesto en relación de continuidad con la ciencia de la naturaleza, cuyos conceptos «irían al encuentro», prepararían el ulterior trabajo de la filosofía: aquellos conceptos que, naciendo de convenciones y arbitrios, la filosofía no puede aceptar ni como sus precursores ni como sus sustentos, y de los cuales ha de hacer ante sí tabula rasa, porque no le pertenecen ni siquiera como material de construcción.

Y como si no fuera suficiente esta negación rotunda de la teoría lógica de las ciencias naturales, que es uno de los más importantes principios enunciado por usted, un principio redentor, he aquí, que en otro campo también se aparece una ciencia filosófica que es la negación de la unidad de la filosofía con la historia: la «Filosofía de la historia». Porque si filosofía e historia se identifican en la unidad de lo universal concreto, no se puede concebir una filosofía que vuelva filosófica a la historia, la cual es ya, en sí y para sí, filosofía; en cambio, usted, a causa de aquella filosofía, ha perdido la íntima unidad entre filosofía e historia. A lo cual ha contribuido el escaso aprecio que usted ha constantemente mostrado respecto a los historiadores en tanto narradores de hechos sin pensamiento; sin embargo, un examen más cuidadoso les habría mostrado que, siempre que se haga historia y no crónica, el pensamiento interviene para interpretar, calificar y espiritualizar la narración, y tanto mejor, más profundo y rico resulta dicha narración cuanto mejor, más profunda y rica es la obra del pensamiento, de modo que no hay manera de quebrar el único y continuo proceso e indicar el punto en el cual se inscribiría la obra del filósofo, que ya se encuentra desde el propio inicio. En verdad, por este lado, no debería hacerse más que una recomendación pedagógica, a saber: a los historiadores, desarrollar, corregir y profundizar la filosofía que implícitamente utilizan, y abandonar su miedo al filosofar; a los filósofos: abandonar su desprecio y su ignorancia por las cosas históricas y atender a una filosofía mejor que la que hicieron en el pasado y que aun hacen, una filosofía,

precisamente, más atinente al conocimiento del hombre y, por ello, de la historia.

La «Filosofía de la historia» se corresponde con el profetismo hebreo y con el teologismo cristiano, y, luego de haber desaparecido casi por completo de la historiografía del Renacimiento, aunque se conservara dentro del teologismo de las universidades protestantes, volvió a aparecer en la filosofía post-kantiana y ha encontrado en usted a un prestigioso defensor, aunque no sea ni filosofía ni historia, sino, al contrario, una oscilación que le hace igualmente daño tanto al momento filosófico como al historiográfico. Hasta en la historia de la filosofía -respecto de la cual sus méritos son muy grandes, tanto por las nuevas y originales interpretaciones de los grandes filósofos -hechas por un genio de su misma envergadura-, como por haberla elevado por encima de la historia puramente erudita y por encima de la otra, que toma partido y se compromete con la defensa de escuelas filosóficas particulares o de un filosofar neutral y ecléctico-, el método de la Filosofía de la historia introduce en la historia de la filosofía el diseño predeterminado de un único problema que la filosofía habría empezado a investigar desde sus comienzos, seguiría indagando cada vez más hondamente en el curso de los tiempos, y terminaría por resolver, con lo cual llevaría a conclusión su propia historia. Lo mismo o lo análogo sucede en la historia del arte y de la religión, ambas colocadas -en virtud de aquel tratamiento filosófico por parte de la superhistoria- en lechos de Procusto, con ansias de salir de semejantes constricciones y de tomar un andar más libre, esto es, tanto más genuinamente filosófico cuanto menos se introduce una filosofía duplicada y arbitraria, un diseño artificioso y preconcebido».

Hegel siguió con atención estas palabras de acusación, especialmente en lo relativo al llamado elemento perturbador que se habría introducido en sus cursos de historia de la filosofía, del arte, de la religión y del Estado, y que contaban entonces con una aceptación muy grande; pero no pronunció palabra.

Sanseverino prosiguió: «Y tampoco entiendo por qué usted ha querido conservar la tripartición usual de las escuelas alemanas del setecientos, la cual, por otra parte, tienen una larga historia, que se remonta a los estoicos en la antigüedad, es decir, en primer lugar, Lógica y Metafísica, y, en segundo lugar, Filosofía de la naturaleza y Filosofía del espíritu. Una vez proscrita la Filosofía de la naturaleza, por las razones que he aseverado, y comparando entre sí la Lógica con la Filosofía del espíritu, no se entiende cómo la primera no se

incorpore completamente en la segunda y en la misma se disuelva. Una Filosofía del espíritu, en la cual el espíritu lógico no encuentre su total desarrollo, no se mantiene en pie. Por otra parte, la Lógica que usted ha desarrollado, ya es, en parte, ella misma, una Filosofía del espíritu, porque comprende al espíritu cognoscitivo y al espíritu práctico, y al espíritu absoluto o dialéctico, que es el fuerte de la filosofía y, además, al oficio antidialéctico del entendimiento que separa y abstrae, siendo el padre de las ciencias. De todo lo cual se observa que, al menos en parte, sus categorías son interpretadas como formas del espíritu, si bien otras formas hayan quedado omitidas y, en otros partes, las categorías se suceden como en un catálogo de conceptos por esclarecer. Me abstengo de entrar en detalles a propósito de las teorías del derecho, de la política, del arte, de la religión, del espíritu absoluto; pero me parece cierto que la Lógica, encabezando el sistema, sigue conservando el lugar que tiene en los viejos programas escolares, en los que desempeña el papel de instrumento con el cual ha de construirse el sistema, mientras, al contrario, en una filosofía entendida como Filosofía del espíritu, no puede construirse a sí misma si en ese mismo acto no construye la totalidad, o sea, el concepto pleno del espíritu. Pero aquello que primeramente se me presenta en este sistema como contrario a los grandes principios lógicos establecidos más arriba, no son sólo sus particiones y la colocación dada a las diversas doctrinas, sino también, y sobre todo, el fin al que el sistema está dirigido y el método que utiliza. Lo cual se corresponde por completo con una historia del mundo y de su creación; más aún: de Dios antes de la creación del mundo, que dispone de todas las categorías necesarias para crear el mundo, y se resuelve finalmente a crearlo, saliendo de sí, haciéndose otro, haciéndose naturaleza y, luego, desde la naturaleza, animad por el sople divino, vuelve a manifestarse en el hombre, en la conciencia y en el espíritu del hombre, y, momento tras momento, se hace espíritu subjetivo, o sea, cognoscitivo, y saliendo de éste se convierte en espíritu objetivo, o sea, práctico, y crea el mundo del derecho, de la moralidad, de la economía, de la política, de la historia; y, desde la historia, retorna finalmente a sí mismo como espíritu absoluto, inicialmente con los dos intentos, progresivos pero insuficientes, del arte y de la religión; y luego, como Idea pura, con entera y definitiva satisfacción y goce de sí mismo. Este es el cuadro de su filosofía, que es una historia del cosmos, una historia con tema dado y con fin predetermi

nado. De modo que todos los pasos que en ella se cumplen forman una concatenación de soluciones cada vez menos imperfectas, pero todas siempre imperfectas, salvo la última, que señala el fin del mundo y la entrada en el reino de los cielos. ¿Cómo es posible que un pensamiento, que con el concepto de lo Universal concreto había liberado al hombre del fantasma de la naturaleza y había hecho de ésta una construcción de su arbitrio -arbitrio no arbitrario, evidentemente, porque se vuelve útil en vista de ciertos fines-, y a cambio le había dado al hombre el campo ilimitado de la historia, con su perpetuo devenir, con su infinita creación de formas siempre nuevas; cómo es que este pensamiento vuelve a recaer en una concepción de religiosidad trascendente, de suerte que aquí, entre los discípulos que lo rodean y con los cuales he podido conversar, he captado un renovado teísmo o una renovada y esclarecedora teología cristiana?».

El maestro había escuchado sin parpadear esta crítica y esta invectiva; pero, Sanseverino, si bien estaba a punto de concluir, añadió un corolario:

«¿Y el método?- dijo:- el método que debería ser, el dialéctico, y con este nombre se usa en la construcción del sistema, ¿acaso no es la destrucción de la dialéctica misma, si es que se puede destruir una gran verdad, una vez que el pensamiento mente se ha detenido en ella la ha cristalizado y formulado? Usted, maestro, no podía destruirla, la fuerza a la que usted ha abierto la puerta de la caverna montañosa en la que estaba encerrada, ya está en el mundo y nadie podrá jamás sacarla, anularla o debilitarla, ni siquiera su propio liberador, a la merced del cual ella nunca ha estado, y que incluso sin él seguirá con su propio vigor y su propio derecho a dominar, corregir y juzgar, buscando y encontrando a otros que le presten aquellos servicios que usted, luego de haberle prestado uno, inmenso -y que ha de ser recordado para siempre- parece que ahora no quiere más prestarle. No quiere o más bien no puede, porque tal es la suerte del hombre, del hombre superior, que viene al mundo con una misión y la cumple, y, sin embargo, sabe que la labor del pensamiento, la labor del hombre, procede al infinito, y debe resignarse a que la lámpara de la vida pase a otras manos. Un gran filósofo napolitano, al cual tal vez usted todavía no ha leído o no ha podido estudiar, aunque en estos últimos años su obra mayor haya sido traducida al alemán, un genio en el cual podría reconocer no solamente un precursor suyo, sino alguien que satisface algunas exigencias

que usted ha descuidado y que, si bien en profese el catolicismo, de hecho es mucho más libre que usted de los vínculos de las viejas concepciones religiosas —me refiero a Giambattista Vico, quien después de haber escrito y reescrito muchas veces su obra maestra, se detuvo, y dio por terminado su compromiso con el mundo; y en dos versos de un soneto que él compuso, aisló este evento de su historia personal: «Dalla tremante man cade el mio estile, E dei pensier s'è chiuso il mio tesaur».²

Sin embargo, para volver a la dialéctica, ¿cómo ha nacido y cómo se ha vuelto luego? Había nacido para barrer el dualismo de lo positivo y de lo negativo, de la verdad y del error, de la vida y de la muerte, del bien y del mal, en vista de lo cual ella usaba como sus términos las formas, las categorías, los valores del espíritu: lo verdadero, lo bello, el bien, lo adecuado al fin y sus contrarios; y, por ello, desde un principio, era la distinción de estas formas y el traspasar de la una a la otra, devenir, a través del purgatorio o del infierno de la nada, o como se quiera llamar a la potente-impotente negatividad del ser, de manera que el hombre, a cada instante, conquista lo bueno, lo bello, lo útil, lo verdadero, y a cada instante corre el riesgo de perderlo, si no lo sustituye con otro nuevo, como le impone su naturaleza espiritual. Pero este carácter categorial y esta distinción intrínseca a la dialéctica, han sido ovidadas por usted, en el curso de la construcción de su sistema, en el cual ha dialectizado lo no dialectizable, los conceptos empíricos y los procesos colectivos que se dan en la historia, con un dialectizar arbitrario y basado en el formulismo, lo cual ha sucedido como efecto del diseño histórico-teológico acogido por usted y que se ha esforzado en realizar; de modo que nunca jamás el contemplador, ante el despliegue de esta angustiada historia de repetidas decepciones, podrá lanzar el grito de Fausto en el instante fugaz: «¡deteneos, sois bello!». Y siempre se encontrará ante un acto que no brinda este momento de satisfacción y de reposo, porque no aparece nunca dentro de sí, porque la contradicción siempre le es intrínseca, e intrínseco es el afán de salir de ella. En realidad, en esta visión el bien y mal, borran sus confines: el bien que no es, nunca se convierte en el mal que siempre es, salvo en el último y definitivo instante donde, por otra parte, nos encontramos con el otro inconveniente, es decir,

² De mi mano temblorosa cae la pluma y el cofre del pensamiento ha quedado sellado.

que lo que no existe más es el mundo mismo: el mundo en el cual vivimos y que la filosofía debe hacernos conocer y reconfortarnos, para vivirlo con dignidad».

Hegel en ningún momento había interrumpido a Sanseverino y había permanecido atento y silencioso. Él advertía que habría sido algo y poco inteligente iniciar una disputa con un hombre que había meditado largamente sobre sus libros, y que había venido muy confiado a verter en su ánimo y su mente las conclusiones del esfuerzo de muchos años, las cuales tenían derecho a ser repensadas por él antes de hacerlas objeto de objeción y de disputa o, incluso, de mayor o de menor aprobación. Por otro lado, tampoco el interlocutor esperaba respuestas, consciente como estaba de que a un ingenio serio no es dado rendirse ante objeciones de ese tipo, sino sólo de volverlas a meditar en su debido momento, a ver si pudieran ofrecer un nuevo estímulo y abrir nuevas vías a su propio pensamiento en su camino original.

Escuchó pues y permaneció callado, en lugar de entablar discursos filosóficos, en ese momento se levantó, y con gesto familiar pasó su brazo bajo el brazo del interlocutor, y lo llevó a una ventana de su estudio. La suya era una pequeña casa sobre un ramal del Río Sprea, en el Kupfergraben, cercana a la ciudad, aunque alejada de sus ruidos; y le enseñó al huésped el castillo de *Mombijon*, que estaba en frente, con sus jardines y los ya iniciados edificios de los grandes Museos. En aquella pausa, simple y afectuosamente le preguntó qué pensaba hacer a su regreso a Nápoles.

«Me propongo seguir siendo su escrupuloso, grato y devoto discípulo, quien nunca olvidará cuánto ha aprendido de usted, y de cómo usted lo ha guiado a las mayores alturas del pensamiento, liberado de dudas y contrastes tormentosos, convertido en alguien que desdeña la manera vulgar y superficial de filosofar con la que la mayoría se conforma. Pero la tarea que me atribuyo será la de esbozar aquella forma sistemática que, a mi juicio, desciende lógicamente de sus elevadas verdades especulativas y que no es aquella que el ambiente y la tradición alemana le han inducido a dar: no teológica, como aquélla, sino laica; no abigarrada y pesada, como aquélla, sino simple y ágil. Si del concepto de lo universal concreto se deduce la unidad de la filosofía con la historia —deducción que usted no ha querido y no quiere admitir, pero que es necesaria—, lo que verdaderamente ocupa y colma de sí todo el campo del

conocimiento es la historia; como, por lo demás, es conforme a la necesidad humana no es conocer ideas de por sí, sino hechos, realidades concretas, a cuyo conocimiento las ideas son indispensables pero como instrumentos. Y, si así están las cosas, ¿qué forma adoptará la filosofía? No otra que la de una Lógica de la historia, esto es, la clarificación de los conceptos en virtud de los cuales se realiza la interpretación histórica. Sin embargo, aquella lógica, o metodología, no es poca cosa, ya que es, ni más ni menos, que la entera Filosofía del espíritu; y una filosofía que no se agota en ningún libro, porque continuamente crece sobre sí misma; y la historia, en su devenir, planteando siempre nuevos problemas al pensamiento, procura por su parte que no deje de avanzar. La filosofía no es nunca definitiva y sus sistemas no son estáticos sino que están siempre en movimiento; y sería mejor llamarlos sistematizaciones provisionarias, casi paradas para tomar aliento donde se le puede tomar, como la finalización de un período cumplido. Ninguno de los que se han presentado como problemas de la filosofía permanecen excluidos de esta filosofía del espíritu, pues los acoge y resuelve a todos, reconduciéndolos a problemas del espíritu, en cuyo círculo, si es que tienen sentido, solamente encuentran solución. Por lo tanto, los señores profesores de filosofía no han de temer el empobrecimiento del filosofar a causa de esta concepción metodológica de la filosofía; porque, al contrario, la misma significa enriquecimiento y exige espíritus tesoneros; como, a decir verdad, no suelen ser aquellos señores profesores que se la pasan jugando con viejos, nunca concluidos y estériles problemas. Y en esta Filosofía del espíritu, habrá que rehacer la teoría del arte o estética, despejándola de lo que resta de las viejas retóricas y poéticas, así como de los recientes psicologismos y comprendiendo en su originalidad el principio estético, mediante su purificación y preservación de toda contaminación, sea panlogista o hedonista. A la vez, habrá que fundar una filosofía de la vitalidad o de la utilidad, como quiera llamársele, unificando lo que de ella está disperso en las teorías de la política, de la economía, de las pasiones, etc. Habrá de elaborarse una teoría de la historiografía, junto con una crítica e historia de la misma. Dejo de un lado otros *desiderata* que tengo en mente.

Nápoles, gracias a los ingenios que allí llegan desde todas las provincias de la Italia meridional, es un lugar, en cierto sentido, apto y propicio para estos estudios. Nápoles le ha dado a Italia casi todos los filósofos dignos de ese

nombre, y está abierta a las especulaciones sublimes, pero sin disminuir en sí un cierto sentido realista que las retorna a lo concreto y a lo histórico. Esta solidez del filosofar napolitano fue percibida y vislumbrada por Herder, Hamann, y el propio Goethe. Además, hoy en día, con el nuevo y joven rey, circulan nuevos aires: la esperanza y la confianza renacen; se multiplican, como los llaman, «*studi privati*», llenos de vida intelectual, es decir, escuelas de carácter universitario fuera de la universidad, instituidas por la libre iniciativa de unos cuantos deseosos de aprender; circulan libros extranjeros y se editan revistas hechas con seriedad, por escritores bien preparados: de manera que no puedo estar descontento de volver allá. Incluso su filosofía comienza a ser conocida, pero lastimosamente no del modo como yo quisiera que fuese, sino como una suerte de religión racionalizada, cuyos cultores ya comienzan a tomar actitudes y lenguajes sacerdotales, tendiendo a formar una iglesia. Este es el peligro que habrá que sortear».

Así, conversando, concluyeron la jornada, y aquellos dos corazones se sintieron tan cercanos como sus mentes, porque la oposición de las ideas genera a veces una suerte de vecindad y fraternidad. Cuando Sanseverino se despidió, Hegel le dijo, con cierta emoción afectuosa, que contaba con una nueva y no lejana visita suya a Berlín.

Pero, en los días que siguieron, siempre tuvo la mente en aquella conversación, procurando reexaminar sus teorías a la luz de las objeciones que le había formulado el gentilhombre napolitano, intentando defenderlas, al discutir consigo mismo, asaltado por las dudas que le habían aflorado en otras ocasiones, pero no con la fuerza que ahora tenían. Hegel había meditado una filosofía que quería explicar todo el universo y que daba por concluida la historia; su sistema resumía, ordenaba y completaba milenios de trabajo filosófico, reconociendo la contribución que cada uno de los otros sistemas había dado, y todos ellos consagrados mediante un potente acto final de corrección y de síntesis; y, después de eso, la historia del hombre había alcanzado su conclusión, reunificando el fin con el principio; y, por otra parte, no se veía de dónde hubieran podido nacer otros estímulos y otra materia de trabajo. Pero ésta, que pudiera parecer una colosal presunción, era consecuencia del diseño adoptado por una filosofía que había seguido el modelo de la tradicional historia religiosa de la creación, del curso laborioso del mundo y de su resolu-

ción en el emperio, y, por ello, en su autor era libre de la exaltación de sí mismo, libre de aquella espera de aplausos presentes y triunfo futuro; de aquel fanatismo que animaba, por ejemplo, a un Tommaso Campanella, el profeta de la Ciudad del Sol y de la perfección que en ella el mundo habría alcanzado antes de que el caos devolviese las cosas a lo uno. La hegemonía filosófica, ejercitada por él en el último decenio y que aun seguía en pleno vigor, no lo embriagaba. Tampoco hay que creer que estuviese satisfecho y seguro de su obra: su hijo, Karl, lo oyó exclamar: *¿Cuál de los Dioses me habrá condenado a ser filósofo?*; su mujer contaba que a menudo, en medio de su trabajo, lo oía murmurar: *¡nunca podré salirme de esto!* Incluso me parece correcto lo que dejó escrito el tal Thaulow, es decir, si acaso, Hegel pensaba que la filosofía tuviese que empezar después de él, mas nunca que terminara con él. Se le había quedado en el alma aquella objeción, neta y tajante, que le había formulado un visitante que venía de lejos y que, sin embargo, le resultaba tan cercano —*El pensamiento central es sumamente genial pero, el sistema, en lugar de potenciar su virtud, lo contamina, lo consume y lo malogra.* Sin embargo, por otro lado, su propio pensamiento, gracias a un largo esfuerzo, se había consolidado en aquel muy articulado sistema; y aunque hubiese escuchado la crítica que le venía no de un adversario sino más bien de un desinteresado, desprejuiciado y amoroso lector y discípulo, ir hacia atrás en el camino recorrido durante cuarenta años de intenso trabajo, y modificar su recorrido y llegar a una meta final distinta de la que aquel que había supuesto, y sobre la cual había tejido y extendido la gran tela de su enseñanza que ya se había convertido en un aspecto de la misión política de Prusia; dicha tarea, al asomarse a su imaginación, lo sobrecogía y casi lo atemorizaba. Porque, ¿de dónde habría sacado la fuerza necesaria, aquella fuerza que no es el puro pensamiento sino la concentración de todas las fuerzas de un ser humano, incluso de aquellas que se llaman físicas, de toda su emotividad, de su entusiasmo, de su dedicación, de su sacrificio, como si nada distinto existiera en el mundo, o más bien, todo se concentrara en aquel fin por alcanzar, y tan sólo así poder físicamente respirar y vivir? Todo esto lo había experimentado en el pasado, sobre todo, en aquella gran crisis espiritual, al salir de la juventud, como angustia infernal y como goce divino, sintiéndose voluptuosamente consumido en aquella obra de dolor y de amor, en el tiempo en que compuso la *Fenomenología*, cuyo manuscrito se metió bajo el brazo

cuando el eco de los cañones de Jena no se había todavía apagado. Pero, ahora, ¿de dónde volvería aquella fuerza a sus venas? Y, ¿ese retorno no habría tenido algo de prodigioso, pero de aquello prodigioso, si se hubiese dado, que está en contra de la naturaleza y es casi incestuoso?

Un sentimiento de humildad y de renuncia le nació en el corazón, y pensaba que la obra que había realizado, con sus verdades y sus errores, no había sido querida por él, sino de la inspiración y de la necesidad, por lo mejor que había en él si bien inscrito y circunscrito en la humana debilidad; y era útil que permaneciese en el mundo en esta forma, en el momento histórico al que el mundo había llegado, como enseñanza, pero a la vez como experimento y advertencia, por lo positivo y perpetuo que le brindaba al mundo, y por lo que le señalaba de negativo, de contradictorio, de insuficiente, de lo que había que deshacer, enderezar, colocar de otra manera; materia de un nuevo trabajo, de una nueva obra por crear y de un nuevo hombre. Y un sentimiento lo embargaba, que tenía de heroico y de paterno a la vez, parecido a aquel de Héctor, quien, mirando con orgullo a su pequeño hijo, pensaba lo que las personas habrían dicho: *No fue tan fuerte el padre*. Incluso, a veces se sorprendía recitando los versos del viejo Giambattista Vico, aprendidos del amigo napolitano, sobre el cofre de los pensamientos que había quedado abierto para él durante tantos años y que, ahora, se le había cerrado, pero que volvería a abrirse para otros; y junto a la humildad que le solicitaba el *dimitte*, le surgía la tranquila conciencia de haber sido *servus Domini*, y, sobre el altar de Dios, ponía la obra que le había ordenado y que le había hecho concluir no más allá del límite establecido por Él.

Sí, todo ello era verdad y la conclusión era justa. Pero, cuando a un hombre de pensamiento se le dice que en el pensamiento en el que él descansaba como una verdad, se ha introducido un error, o, de lo mismo se levanta la sospecha, ¿cómo luego, en ese hombre, puede calmarse el aguijón del remordimiento y cómo puede él convivir con aquel error sin examinarlo, sin corregirlo, sin confutarlo? ¿Cómo se puede pretender que permanezca frío e indiferente hacia lo que ha sido el fin de su vida y del cual siente la obligación moral de cuidar y proteger la incontaminada pureza?

Hegel no lograba alejar de su ánimo aquella inquietud y aquella aflicción, retomando entera la confianza en la labor de su vida, que era el pan que repartía entre sus ávidos oyentes en el aula de la universidad berlinesa. Aun mantenía la riqueza de su vigor mental: justamente en aquel año, sacudido por las noticias de los advenimientos revolucionarios de Francia, en conformidad con su fe política, con robusto espíritu conservador, receloso de los *hommes d'principes*, que se enaltecen frente a los *hommes d'état*, había escrito un largo artículo contra la *Reform Bill* inglesa; y, al mismo tiempo, iba enriqueciendo sus lecciones con nuevos desarrollos, porque de ninguna manera habría podido seguir los dictados de la sabiduría y quedarse con lo ya hecho, una vez perdida la certeza de la verdad alcanzada y poseída.

Este era su estado de ánimo, cuando el cólera, que se había ido alejando de Berlín, repentinamente volvió atrás y, de un golpe fulminante, en pocas horas se llevó a él justamente, el más grande filósofo de su tiempo, el catorce de noviembre de aquel año de mil ochocientos treinta y uno. Y sus discípulos, amorosamente fieles, al empezar a publicar, junto a las obras escritas por él, una docena de volúmenes de sus *Lecciones*, le dieron cada más relieve a la forma del sistema, tal como se había organizado y particularizado en la enseñanza académica; poco o nada conocida quedó por entonces la prehistoria del sistema, la historia de la trabajosa formación de aquel pensamiento suyo, que solo después de un siglo debía ser reconstruida sobre los inéditos manuscritos juveniles. Y, sólo un siglo después, se pudo retomar la tesis que el estudioso napolitano le había expuesto a Hegel en la conversación antes referida; y se pudo poner en contraste al Hegel filósofo con el Hegel arquitecto del sistema, al Hegel vivo, como se le ha llamado, con el Hegel muerto. Esta crisis, entonces, ya no ocurrió exclusivamente en el ámbito napolitano, en el que Hegel había sido muy estudiado durante el siglo XIX, y donde conservó seguidores, incluso en los años del positivismo, sino en el ámbito italiano en general; y en Italia, el pensamiento del Hegel filósofo ha retomado, desde entonces, su vigorosa acción, a través de una forma sistemática del todo distinta de aquella que le gustó, y de la que han surgido consecuencias no deseadas por él. Y han sido reelaboradas, de principio a fin, teorías que él había aceptado de sus predecesores y que no se podían conservar; y el nombre mismo de su sistema ha sido cambiado, porque el de «idealismo absoluto» no

se adaptaba ya y no expresaba su rasgo fundamental. De ahí que haya surgido de modo espontáneo el nombre de «historicismo absoluto», que le es más propio. Como quiera que sea, Hegel ahora nos pertenece; y, que no nos satisfaga, es efecto precisamente del hecho de que nos pertenece y de que es patrimonio nuestro, porque poseer un pensamiento sólo tiene valor en cuanto prepara vida y pensamientos nuevos³.

Benedetto Croce
30 de septiembre de 1948

³ ¿Es necesario que yo advierta que esta «*página desconocida de los últimos meses de la vida de Hegel*» es una fantasía mía; un capricho, que se me ha venido a la mente en una noche de insomnio, y que he empezado a realizar en la mañana? Y si el lector me dirigiera la clásica fórmula de la pregunta del cardenal Hipólito al Señor Ludovico, le respondería que la materia la he traído de mi familiaridad con el pensamiento de Hegel, y del haber dialogado en mi mente muchísimo con él, es decir, haberme dirigido mentalmente a él. Por lo demás, no falta del todo, en esta fantasía, algo de histórico, porque rastros de una actitud fecundamente crítica hacia la filosofía hegeliana estaban presentes en la cultura de la Nápoles decimonónica, no desde 1830, pero sí desde mediados de siglo; aunque no hay que buscarlas en los hegelianos ortodoxos, y ni siquiera en el más severo y más profundo de todos ellos, Bertando Spaventa, pero sí en el ingenio fresco y desprejuiciado de Francesco De Sanctis.